

# ■ LA ESPAÑA FINISECULAR ■

## VISTA POR BENITO PÉREZ GALDÓS Y EMILIA PARDO BAZÁN

Pilar Faus Sevilla

Como parece ser una norma al finalizar una centuria, los últimos años del siglo XIX van a ser años de crisis. Una crisis que empieza a ser perceptible para los ojos más perspicaces a mediados de los años de 1880, hasta mostrarse plenamente en la última década.

Para analizar este hecho nos vamos a valer, no del testimonio de los historiadores de este período, sino del testimonio proporcionado por dos importantes figuras literarias: Galdós y E. Pardo Bazán. Ambos van a ser testigos y agudos observadores de la vida española del período histórico que les ha tocado vivir a la par que actores, importantes actores, de su escenario cultural.

D. Benito y D.<sup>a</sup> Emilia, junto a los restantes novelistas de su generación (Pereda, Clarín, Palacio Valdés, etc.), van a adentrarse en la descripción del medio y la realidad circundante de la que, conscientemente, quieren ser intérpretes y difusores <sup>1</sup>. Y lo van a hacer a través de una importante labor de creación literaria, que hallará en la novela naturalista su mejor forma de expresión. Nueva corriente literaria cuya aparición en España casi coincide con la de un nuevo período histórico: el de la Restauración (1875-1931) al que pertenecen nuestros escritores en cuerpo y alma.

Pero se trata de un período excesivamente largo para que su estructura y principios permanezcan inmutables. Por ello, y aun aceptando la existencia de unas específicas características, a lo largo de su existencia van a ir apareciendo peculiaridades que permiten la distinción de varias etapas. Estas a «grosso modo» van a coincidir con las que corresponden a sus sucesivos monarcas.

---

<sup>1</sup> A esta actitud consciente alude D.<sup>a</sup> Emilia en su *Autobiografía* cuando escribe: «el medio ambiente se impone, y a su imposición debemos el conocer la montaña santanderina en Pereda, las costumbres madrileñas en Galdós y la región asturiana en Armando Palacio y en Leopoldo Alas, los pueblecillos catalanes y la segunda capital de España en Oller... A mí me ha tocado en suerte el país gallego, digno de mejor pincel por su romántica hermosura...». *Op. cit.* en *o. c.* ed. Aguilar, vol. III, pág. 727.

De acuerdo con el enunciado de este trabajo, el objeto de nuestra atención se va a ceñir a la etapa correspondiente a la Regencia de la reina viuda D.<sup>a</sup> María Cristina, especialmente analizada a través de la específica aportación de nuestros dos escritores. Dos hechos van a resaltar como peculiares de su labor. En primer lugar, se produce cierta identificación y similitudes sobre la forma de ver y enjuiciar la situación y los problemas que afectan a España; en segundo término, las diferencias y divergencias de ambos escritores ante la misma situación. Las diferencias apenas serán perceptibles en los primeros años de esta etapa, pero gradualmente, van a hacerse más ostensibles a finales de la misma.

Un somero análisis de las similitudes nos van a permitir destacar, como causa fundamental de las mismas, la pertenencia de los dos escritores a la misma generación: la generación de 1868. Hecho al que cabe atribuir la existencia de unas notas comunes que la tipifican por encima de las lógicas diferencias personales de sus miembros <sup>2</sup>.

En el caso que nos ocupa, y aun teniendo en cuenta que Galdós es ocho años mayor que la Pardo Bazán, hay que resaltar que los dos, pese a proceder de lugares bien distantes de Madrid, allí han vivido, directa e intensamente, los años revolucionarios. Años decisivos en la gestación y configuración de la vida española del periodo siguiente <sup>3</sup>.

También en los dos se ha producido la toma de conciencia de la inferioridad de España, en todos los órdenes, con respecto a los países más adelantados de Europa. Actitud comparativa que servirá como acicate de su innato sentimiento patriótico —aparentemente más agudizado en D.<sup>a</sup> Emilia— hasta embarcarles en la gran empresa de revitalización cultural de su país. Labor que ambos llevarán a cabo con excepcional laboriosidad.

En el terreno estrictamente personal, también se producen analogías evidentes entre los dos escritores. A este terreno pertenece su insobornable sinceridad y honradez ideológica, aunque esta ideología no sea siempre la misma para ambos. Incluso a la hora de transgredir unas normas morales de conducta, estas serán las mismas: las referidas a la moral sexual. Aunque este hecho va a ser socialmente juzgado de forma muy diferente, según se trate de D. Benito o de D.<sup>a</sup> Emilia, para los pro-

---

<sup>2</sup> A diferencia de la unanimidad con que ha sido acogida la denominación de «Generación de 1898», la que corresponde a los escritores que reseñamos no lo es tanto por parte de los historiadores de este periodo. Si bien, se percibe una tendencia creciente hacia la denominación de «Generación de 1868», que yo he adoptado desde 1958. Este criterio se basa en el convencimiento de que los hechos que sucedieron a la revolución de 1868 no son de menor transcendencia política, social y cultural que los acaecidos treinta años después.

<sup>3</sup> Pese a sus años de filiación carlista, Emilia va a hacer una valoración positiva del periodo revolucionario. En 1886 escribía: «No puede dudarse que la Revolución de Septiembre señala un periodo nuevo para nuestra literatura... acaso convenía el rudo sacudimiento para que despertasen los que dormitaban, luchasen los despiertos y una generación joven brotase del suelo sembrado de escombros...»

*Autobiografía, o c.*, III, pág. 707.

tagonistas revestirá la misma consideración. Supone la aceptación íntima de cierta libertad en el terreno amoroso, al margen de consideraciones sociales y religiosas <sup>4</sup>.

En nuestros escritores existe, por raciocinio y por principios, una amplia libertad de conciencia centrada en una jerarquía de valores éticos, morales y aun religiosos, poco convencionales. Dicha libertad quedará patente personal y literariamente, tanto en el campo amoroso como en el rechazo de plano de cualquier manifestación de fanatismo político o religioso. En contraposición, su conducta y escritos proclamaran la tolerancia y respeto mutuos como la mejor forma de convivencia entre las gentes.

Pasando al terreno literario, las coincidencias son más claras al inscribirse ambos, a lo largo de los años comprendidos entre 1880 y 1889, en las filas del nuevo arte naturalista, coincidiendo también en el peculiar concepto del naturalismo español definido por D.<sup>a</sup> Emilia en *La cuestión palpitante* <sup>5</sup>.

A través de una extensa y valiosa producción novelística, los dos escritores van a dejar al descubierto dos importantes realidades bien distintas de la vida española: la que corresponde al mundo capitalaño de la gran urbe que es Madrid, y la que corresponde al mundo provinciano y rural de otras regiones, de Galicia en este caso. Habiendo aplicado para sus respectivos estudios el mismo implacable escalpelo naturalista.

El resultados que se nos va a ofrecer, ya no será la brillante estampa de Barcelona durante la Exposición Internacional de 1888, ni los lucidos paseos de coches por la Castellana, ni las deslumbradoras veladas de Opera del Teatro Real de Madrid o del Liceo de Barcelona. Será una visión más amplia y profunda de la total realidad española. Corresponde a otros ámbitos y gentes, que como los integran a las clases media y baja, constituyen la mayoría de la población española.

Aunque existan entre los dos las afinidades apuntadas, y aunque en más de una ocasión Emilia va a calificar a Galdós de «maestro», no han sido estas circunstancias las que han determinado la adhesión a la corriente naturalista. Por distintos caminos han sido empujados por la propia inercia histórica, que también preside los fenómenos culturales. No olvidemos que es

<sup>4</sup> A este respecto la escritora se expresa con toda claridad en carta dirigida a Galdós. Aludiendo a los dos tipos de moral establecidos por la sociedad de su época, una para los hombres y otra para las mujeres, escribe: «De los dos órdenes de virtudes que se exige al género humano, elijo la del varón... y en paz».

*Cartas a Benito Pérez Galdós* (1889-1890). Prólogo, ed. y notas de Carmen Bravo Villasante. Madrid, 1978, pág. 90.

<sup>5</sup> Al citar el naturalismo español, no nos referimos al de servil imitación del francés preconizado por Zola, sino al definido y defendido por la Pardo Bazán en su *Cuestión palpitante*, que fue aceptado, consciente o inconscientemente, por la mayoría de los novelistas españoles. Se trata de un naturalismo que, despojado en gran medida, del factor determinista y el crudo materialismo zolesco, entronca con el genuino realismo de abolengo hispano.

*La cuestión palpitante* apareció publicada, primero en *La Epoca* (1882-1883). Inmediatamente, en forma de libro con prólogo de Clarín (1883).

el triunfo de la mentalidad positivista, de la que el naturalismo es una de sus consecuencias, la que se ha enseñoreado en Europa por estos años.

Lo que hará este hecho es estrechar más los lazos de admiración y simpatía mutuos hasta derivar en una sincera amistad. Iniciada hacia 1883 —al menos desde esa fecha poseemos pruebas documentales— durará toda la vida. Sólo se verá interrumpida, temporalmente, por la derivación a finales de 1887, en apasionada relación amorosa, cuya corta duración hay que atribuir, en parte, a la infidelidad de la escritora <sup>6</sup>.

Vemos, pues, como hasta llegar a los umbrales de la última década del siglo, se ha producido entre los dos escritores una especie de identificación personal y literaria, fecunda y valiosa, que les ha conducido a alcanzar la fama.

A este respecto, sin embargo, conviene una puntualización. Si analizamos la trayectoria literaria de los dos escritores, observaremos cómo la carrera de Galdós ha sido larga y laboriosa, escalando, uno a uno, los peldaños que conducen al triunfo. La de Emilia, por el contrario, ha sido vertiginosa.

Aunque parezca una perogrullada, lo primero que hay que resaltar en Galdós es su condición de varón como lo son la práctica totalidad de los escritores, y como ellos pertenece a la amplia clase media. Personalmente es de aspecto corriente, casi vulgar. Aunque no lo parezca no es de naturaleza robusta y su salud es precaria. Modesto, introvertido y con una timidez casi patológica. A excepción de sus discretos viajes, su vida está consagrada a la tarea de creación literaria; se ha replegado en la cómoda y cálida seguridad que le brinda el afecto de varias de sus hermanas mayores con las que va a vivir siempre. Probablemente a su timidez se deberá la exclusiva consagración a la profesión literaria, y quizá también su celibato. Aunque esta afirmación, vista a la ligera, pueda parecer una contradicción con sus frecuentes aventuras amorosas. Poco sociable, su círculo amistoso estará siempre reducido a un pequeño número de amigos entrañables. Nada le va a producir mayor desazón que las grandes manifestaciones públicas referidas a su persona. A lo largo de su vida serán varios los homenajes que le van a ofrecer sus admiradores. A ellos acudirá como un forzado. En estas ocasiones su voz, de tonos bajos y suave ceceo canario, aún se apagará más a la hora de contestar, agradecido, a los elocuentes discursos encomiásticos que se le han dirigido. Apenas será capaz de mal leer unas cuartillas o balbucear un lacónico, ¡gracias! <sup>7</sup>. No existe, en suma, en el autor de los Epi-

<sup>6</sup> Para conocimiento de la relación amorosa habida entre los dos escritores debe consultarse la citada publicación de C. Bravo Villasante. Para conocer la relación amistosa debe consultarse el archivo de Galdós existente en la Casa-Museo de Las Palmas.

<sup>7</sup> Son constantes las alusiones acerca de la extraordinaria timidez del escritor canario, especialmente puesta de manifiesto a la hora de recibir el homenaje público de sus admiradores. Entre las últimas, cronológicamente, y quizá más completa, figura la de W. H. Shoemaker en su trabajo titulado «¿Cómo era Galdós?». *Anales Galdosianos*, 1973, págs. 5-21.

sodios Nacionales, ningún rasgo llamativo que, a nivel personal, pueda atraer la atención del público.

Muy distinta, por el contrario, es la personalidad y circunstancias que afectan a la escritora. En primer lugar, y todavía con mayor énfasis, hay que resaltar su condición de mujer. Es hija única de padres jóvenes e inteligentes de la mejor sociedad gallega. Por ambas ramas pertenece a la histórica nobleza provinciana y, en fecha reciente, a su padre le ha sido concedido el título pontificio de conde de Pardo Bazán. También es esposa de otro distinguido y acomodado hidalgo, don José Quiroga, madre de tres niños de corta edad y, al parecer ferviente católica como lo demuestran sus colaboraciones en *La Ciencia Cristiana* y su biografía de San Francisco de Asis.

Hasta aquí —primeros años de la década de 1880— la imagen ofrecida por la Pardo Bazán no puede ser más tópica, al menos en apariencia, y adecuada a la estampa clásica que ofrece la mujer española de elevada posición social del medio provinciano. Nada más lejos de la realidad. Es otra la imagen que, en solitario, está gestando la propia escritora y de la que ella es la pionera. Nueva imagen que va a irrumpir enérgica rompiendo el marco de la vida convencional en lo que a la mujer se refiere. Contra la tónica general de la mujer apenas instruida y mayoritariamente analfabeta, Emilia posee una amplísima cultura, superior a la de la mayoría de los varones ilustrados. Es fruto de una gran inteligencia y una fuerte voluntad, que la ha llevado a realizar un estudio serio y sistemático bajo el magisterio de sus amigos krausistas. Cualidades que la mayoría, y como máximo elogio, van a considerar varoniles. Tampoco su aspecto físico responde a la estereotipada imagen, con resabios románticos, en el que la vanidad masculina ha cifrado su ideal de mujer: débil, enfermiza, sumisa, callada, ignorante, abnegada y muy devota. Tipo femenino que, indefectiblemente hará resaltar la superioridad del hombre.

La escritora gallega es, por el contrario, robusta y de una salud y fortaleza física envidiables que le permiten desarrollar una actividad intelectual incomprensible y aún inalcanzable para muchos hombres. Para colmo de males, Emilia posee un temperamento dinámico, vital y batallador que la van a convertir en uno de los más hábiles polemistas de su época. Pero al mismo tiempo es cordial, afectuosa, simpática y de una sociabilidad expansiva y alegre. Suma de cualidades que, en el terreno amoroso, va a aderezar con una zalamería y mimo arrullador, muy gallegas a la par que muy femeninas.

En suma, existen en D.<sup>a</sup> Emilia una mezcla de cualidades y defectos que la sociedad contemporánea atribuye, en cerrada dicotomía exclusiva, al hombre o a la mujer. Concepción ilógica que la escritora, tanto a nivel personal como literario, tratará de combatir con el consiguiente escándalo general. Precisamente, su deseo de romper los romos e injustos esquemas mentales de la sociedad española con respecto a la mujer, es el que le llevará a iniciar en estos años finiseculares una actividad feminista sin precedentes.

Por último, y de acuerdo con la insaciable curiosidad que domina a la escritora, esta se va a sentir atraída, a diferencia de Galdós, por múltiples actividades dentro y fuera del campo literario. Así, ciñendonos a su labor dentro del estricto campo literario, sus preferencias alternarán entre el cultivo de la pura creación novelística y la dedicación a trabajos de estudio y crítica literarias. Siendo en este último aspecto donde va a conseguir sus triunfos más ruidosos. No tanto por la extraordinaria valía de sus escritos —aunque no hay por qué regatearle sus justos méritos— sino por la novedad, oportunismo y polémicas que van a suscitar algunos de ellos.

Precisamente en estos años, y alternando con la publicación de sus mejores novelas, va a publicar una serie de estudios como son *La cuestión palpitante*, *La revolución y la novela en Rusia*, *Feijóo y su siglo* y la colección titulada *De mi tierra*. A ellos, hay que añadir sus famosas crónicas periodísticas encargadas por varios periódicos para reseñar importantes efemérides internacionales, como eran el jubileo del Papa León XIII, en 1888, y la Exposición Internacional de París de 1889.

Aunque en conjunto, se trate de publicaciones no desdeñables, su éxito, repito, hay que atribuirlo al carácter de divulgación novedosa, a la que hay que sumar su aparición en publicaciones periódicas muy conocidas. Emilia amante del escrito breve, de fuerte impacto social o literario, va a sentir una especial vocación periodística, que va a cultivar toda su vida. Para ella la prensa, que inicia por estos años su época dorada, va a constituir el medio ideal para conseguir la máxima difusión de sus escritos y con ellos la fama que tan ansiosamente desea <sup>8</sup>.

Por unas razones u otras, la realidad es que a finales de la década de 1880, Emilia se ha convertido en un personaje de moda, hasta el extremo de que el verla, escucharla o aplaudirla se convierte en todo un acontecimiento. Buen ejemplo de ello nos lo van a ofrecer las tres lecturas sobre la novelística rusa, que van a tener como escenario el Ateneo madrileño. En el mes de abril, y durante tres semanas consecutivas, la escritora será la atracción de la sociedad culta y distinguida de la Villa y Corte. Emilia que nada tiene de tímida, leerá su estudio con el aplomo y buena entonación que su contenido merece. Hecho que va a contribuir

---

<sup>8</sup> Emilia desde el comienzo de su carrera literaria, colaboró asiduamente en las más importantes publicaciones periódicas gallegas, nacionales y varias extranjeras. Entre las primeras cabe citar: *El Progreso de Pontevedra*, *La Revista Compostelana*, *El Heraldo Gallego*, *La Revista de Galicia*, que fue dirigida por la escritora durante un año. Entre las españolas cabe citar *Ciencia Cristiana*, *la Revista de España*, *La Revista Contemporánea*, *La Revista Europea*, *La Epoca*, *El Imparcial*, *Arte y Letras*, *El Correo*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Ilustración Artística*, *Blanco y Negro*, *La Lectura*, *La Esfera*, etc. Entre las publicaciones extranjeras habría que citar *La Nación* de Buenos Aires en donde colaboró asiduamente. De forma esporádica lo hizo en *Fortnightly Review*, *la Nouvelle Revue Internationale*, *la Revue des Revues*, etc. Mención aparte merece su colaboración en *La España Moderna* de la que fue además inspiradora y principal propagandista. Pero, sobre todo, hay que citar el *Nuevo Teatro Crítico* del que fue fundadora, propietaria y redactora exclusiva.

al éxito de las conferencias y que según nos relatan sus cronistas, se convirtieron en un verdadero acontecimiento intelectual y social. Dentro del mismo contexto, pero con dimensión más amplia y popular, hay que situar el recibimiento dispensado a la escritora en su Coruña natal. En carta fechada en La Coruña, el Día de Corpus de 1887 escribe a Galdós: «El recibimiento fue aquí de novelista ruso, y por espacio de 48 horas he podido creerme a la altura de la popularidad de Dostoyewsky. Anegada y bombardeada por las rosas, los ramos, las palomas y los versos; aclamada a gritos, seguido el coche por cerca de 20.000 personas...»<sup>9</sup>.

Tres meses después, Emilia también va a recibir el homenaje entusiasta de la ciudad de Orense, con la que le ligan fuertes vínculos familiares y amistosos. El motivo lo brinda la erección de una estatua a Jerónimo Feijóo, el orensano más ilustre, y los festejos que en torno al acontecimiento se organizaron. Para presidirlos se ha pensado en la gallega más exitosa. D.<sup>a</sup> Emilia acepta gustosa la invitación, no tanto por lo que pueda tener de satisfacción personal, como por la posibilidad que se le brinda de mejorar el discutido estudio, hecho sobre el mismo personaje en 1876<sup>10</sup>.

Vemos, pues, cómo en los umbrales de la última década los dos escritores han alcanzado la fama. Y en el caso concreto de Galdós, ésta se ha visto coronada por su ingreso en la Real Academia de la Lengua<sup>11</sup>. También hemos visto cómo, a pesar de las diferencias personales y circunstancias que afectan a ambos, su marcha en la labor de creación novelesca ha discurrido por cauces muy similares.

Sin embargo, al iniciarse los años noventa, aquel paralelismo se va a quebrar no sólo por causas personales. Confluye la crisis que en múltiples aspectos: económico, político, social etc., afecta a la vida española. Ante ella, los dos escritores van a reaccionar con variantes de intensidad, tiempo, forma y contenido.

Reseñados sintéticamente los componentes de las diferentes crisis, hay que destacar, en primer término, la económica. La raíz es simple. Es la consecuencia de la desidia gubernamental en lo que al fomento de las fuentes de riqueza del país se refiere, a la que hay que añadir las cíclicas recesiones económicas y la mala administración. Como parece ser un defecto muy español de todos los tiempos, no se han sabido ajustar los gastos con los precarios ingresos.

<sup>9</sup> Carta dirigida a Galdós el día de Corpus (1887).

<sup>10</sup> Su trabajo *Examen crítico de las obras del padre Feijóo*, premiado en el certamen de Orense, aunque fue dirimido en última instancia en Oviedo, fue muy discutido incluso por sus amigos Linares y Giner. Ella reconoció siempre que era un trabajo flojo de principiante, preparado con muy poco tiempo. En cambio, el escrito ahora, *Feijóo y su siglo*, será conceptuado como el mejor de los realizados sobre la figura del sabio benedictino, incluido el de Menéndez Pelayo.

Véase: G. Marañón, *Las ideas biológicas del padre Feijóo*.

<sup>11</sup> Su ingreso en la Real Academia de la Lengua tuvo lugar en 1889, pocos meses después de haber sido rechazada su primera candidatura.

La actitud de Galdós, en lo que al problema económico se refiere es poco ostensible. Es indirecta y su manifestación va a estar muy diluida a lo largo de la producción literaria de esta década. Habrá que esperar a los primeros años del nuevo siglo para hallar manifestaciones más claras y directas <sup>12</sup>.

Muy diferente, en cambio, es la actitud de la Pardo Bazán. Acorde con su temperamento, será precoz, directa y más agresiva. Cuenta para ello con la poderosa alianza de la prensa convertida, como decíamos, y durante estos años, en el principal vehículo de sus ideas. Con notable agudeza y sentido práctico, ya a finales de la década anterior, en 1887, se ha preocupado del problema agrícola en carta dirigida al presidente de la Liga Agraria. Las ideas aquí expuestas las va a ampliar en 1892 en su artículo «La subida de los liberales». En él, y a propósito del alborozo popular con que ha sido acogido el cambio ministerial, Emilia no puede ocultar su perplejidad. A su juicio, la vida española está sumida en una aguda crisis económica de la que son responsables ambos partidos turnantes en el poder, crisis que no es posible resolver con la simple subida de uno de ellos.

Con gran visión del momento histórico, recuerda que ya han pasado los tiempos heroicos propiciados por los hechos de armas. El momento «bello» ha sido sustituido por el momento «útil», por el prosaísmo de realidades en apariencia tan humildes, pero de tanta transcendencia como son las cuestiones de despensa y caja. «Lo primero y principal —estima D.<sup>a</sup> Emilia— en una nación, como en una casa, es desentramarse, ponerse a flote, economizar y aliviar la angustiosa situación presente, y lo secundario toda la bambolla de la comedia política, que ha pasado a ser mero pugilato de personales intereses, vanidades y desquites» <sup>13</sup>.

En el campo político también por estos años, van a eclosionar, incluso de forma violenta, una serie de problemas que como el social, regional, colonial, etc., habían sido marginados al producirse la Restauración. Problemas, que ya en los años ochenta, habían comenzado a ser candentes. Pero es ahora cuando van a adquirir más sombríos tonos de violencia. Huelga de mineros bilbainos en 1890, insurrección anarquista de Jerez en 1892, bombas terroristas en Barcelona en 1893, asesinato de Cánovas en 1897... Grave situación social que también va a ser tratada por los dos escritores, pero con ideas y matices distintos.

<sup>12</sup> A este respecto véanse sus artículos «Rura» y «¿Más paciencia?» publicados ambos en *El Progreso Agrícola y Pecuário*, en 1901 el primero y en 1904 el segundo. En los dos glosa la lamentable situación a que va quedando reducido el hombre del campo, sumido ahora en la pobreza. Si bien, en el segundo marca el acento en la desatención gubernamental hacia el campo y sus habitantes a los que no llegan los beneficios del bienestar y la cultura de que gozan ya la mayoría de los habitantes de las ciudades. Siendo el final del artículo un encendido alegato socialista.

<sup>13</sup> «La subida de los liberales», *Nuevo Teatro Crítico*, núm. 24, dic. de 1892, págs. 88-89.

Para Galdós, como para la mayor parte de la sociedad española, la cuestión social se refiere, prioritariamente, a la situación de las clases bajas de nuestra sociedad: campesinos, obreros, modestos artesanos, etc. En este aspecto la actitud del escritor canario es más idealista, más amplia y comprometida que la de su compañera gallega. A su servicio va a ponerlo prácticamente todo. Literariamente, lo hará primero, a través de su novela; después, tratando de conseguir un impacto mayor y más directo sobre el público, va a recurrir al teatro. En último lugar, por medio de una decidida actitud personal. Actitud que, teniendo en cuenta su carácter introvertido y su invencible timidez, puede calificarse de heroica. Mucho debe haber pesado en el ánimo del escritor la justicia de su empeño, para decidirle a traspasar los límites de su cómodo liberalismo teórico hasta hacerle militar en el campo socialista junto a Pablo Iglesias.

Algún otro componente hay que añadir en el tratamiento del problema social por parte de Galdós. El principal que salta a nuestra vista, es el componente historicista que preside toda su actividad literaria. A lo largo de la misma se percibe un indiscutible movimiento de inercia social impuesta por la concurrencia de una serie de factores. El principal es la dinámica de clases que, a su vez, encaja con el sentido de la justicia y perfectibilidad humana propios del progresismo liberal decimonónico. A ese progresismo hay que atribuir el traspaso, a mediados de siglo, del cetro hegemónico de la aristocracia a la burguesía. Sin embargo, hoy, esa situación hegemónica empieza a ser rechazada. Su falta de valores morales sustituidos por un descarnado materialismo, ha propiciado una política y forma de vida cuyas consecuencias negativas ya han sido denunciadas en la novela naturalista. Ante este fenómeno Galdós volverá a fijar sus ojos, con evidente simpatía, en los escasos representantes de la antigua aristocracia. En ella, pese a haber sido arrollada por la vital y agresiva burguesía, aún perviven valores morales y de clase, que para el escritor, bien merecen un testimonio de admiración y simpatía. Pero nada más. Sus valores, como el del honor, asentado en una superioridad de casta, ya no tienen vigencia en el dinámico y democrático mundo moderno. Se trata de un mito que el propio Galdós va a liquidar en su magnífica novela *El abuelo* (1897).

Tampoco la clase media está en condiciones de asumir el poder. Su valor reside en la inteligencia y cultura de una escasa minoría. En el resto predomina la mediocridad, la falta de empuje vital y la cursilería de una pobreza mal disfrazada que trata de imitar a las clases superiores.

¿Que es lo que queda?, se pregunta ahora Galdós. En su incesante búsqueda sólo puede dirigirse ya al amplísimo mundo de las clases populares. En ellas cree percibir la fuerza física y espiritual necesarias para erigirse en elementos rectores de la, sociedad futura. Guiado por su invencible idealismo verá en el pueblo la gran cantera en donde residen las mejores virtudes del español: el valor, que puede alcanzar cimas de heroísmo, la bondad, la abnegación, la fraternidad... Bellas cualidades

que afloran bajo la dura corteza de su incultura y mala educación, propias de pobreza. Hecho que va a patentizar, a nivel individual, en el personaje de Fortunata, y a nivel colectivo, en el comportamiento de la plebe en la revolución de 1854.

Se trata de una nueva visión social. Perfilada en sus novelas naturalistas, va a cobrar nuevo impulso al calor de la corriente neorromántica de los años finiseculares. Idealismo, misticismo y una revalorización de las virtudes religiosas de directa fuente evangélica, serán los principales ingredientes que tipifican las novelas más representativas de este período: *Angel Guerra* (1890-91), *Nazarín* y *Halma* (1895) y *Misericordia* (1897).

Pero... Galdós también es realista. Por mucho que quiera idealizar al representante del pueblo —recordemos su mitificación en el famoso herrero de *La primera república*— no puede ignorar que, en el momento actual, está incapacitado para ascender al poder. Se lo vedan su miseria material y su ignorancia. Para remediarlo hasta que consiga su mejora económica y social, D. Benito va a propugnar la fusión de clases. Cosa que hará especialmente a través de su teatro. De forma análoga a como se ha llevado a cabo la fusión de la alta burguesía con la nobleza histórica, produciendo la nueva clase de la aristocracia del dinero, ahora se impone la fusión del sano y vigoroso representante del pueblo con las clases superiores.

La primera fusión a realizar será con la clase media. No tanto por medio de enlaces matrimoniales como por el efectivo descenso de esta clase. Su pobreza real, esa «miseria mal charolada» en frase de Galdós, acabará por llevarle a engrosar, de alguna forma, las filas del pueblo. Descenso, que alimentado unas veces por grandes dosis de idealismo, y otras por invencible resentimiento, va a convertir a no pocos de sus representantes en líderes populares bajo las banderas del socialismo o anarquismo.

Pero en ese proyecto de fusión social, el autor de *Misericordia* no quiere prescindir de los mejores valores de las otras dos clases superiores. El pacífico y bondadoso Galdós pretende la sustitución, por el amor, del odio y la violencia, que por estos años ha empezado a hacer acto de presencia. Tesis a la que va a dedicar bastantes de sus obras teatrales como *La loca de la casa* (1893), *La de San Quintín* (1894) y *Voluntad* (1895). Se trata de un loable deseo, para cuya mejor comprensión del público, el autor se va a valer de símiles vulgares. Este es, sin duda, el que preside la escena de la confección de las rosquillas en *La de San Quintín*. Alegóricamente califica los distintos ingredientes que componen el dulce casero. La yema de los huevos representa a la aristocracia, en tanto que el azúcar representa a la burguesía. A ambos ingredientes, previamente mezclados con brioso batido, debe añadirse la consistente harina, símbolo del pueblo que, a su vez, ha sido suavizada y enriquecida con la manteca en la que quiere representar la clase media. Con todos estos componentes bien amasados (símbolo del tra-

bajo) se consigue algo tan bueno como pueden ser las rosquillas o la justicia y concordia nacionales <sup>14</sup>.

Distinta a este respecto va a ser la actitud de D.<sup>a</sup> Emilia. Dentro de su liberalismo temperamental que ella califica de eclecticismo, la escritora muestra una actitud más escéptica, fruto de la desapasionada contemplación de la farsa política de un régimen que ha degenerado en oligarquía y caciquismo. Su apoliticismo le va a permitir una libertad de expresión muy acorde con su sinceridad e independencia de juicio. Buen ejemplo de ese eclecticismo nos lo va a ofrecer con su amistad admirativa hacia dos políticos de bandos tan contrarios como lo son el republicano Castelar y el conservador Cánovas <sup>15</sup>. Si bien, y a medida que se afianza en su cómoda y prestigiosa posición social y literaria, su postura política, sin dejar de ser independiente, se hará más conservadora.

También la escritora es más realista y pragmática que Galdós. No cree en la viabilidad de las ideas políticas que bajo consignas internacionales, proclaman como meta última de su acción la igualdad de los hombres. Para ella, estas ideas además de utópicas son injustas. Teniendo en cuenta la diversidad humana, no es la igualdad sino la equidad, la que debe definir la justicia social. Emilia en sus novelas naturalistas ha denunciado la miseria y la injusticia de que son víctimas las clases populares y desea su justa mejora. Pero, ahora, preferirá centrar su lucha en otro estamento que como el constituido por la mujer, se halla todavía en peor situación social. Labor que va a llevar a cabo con gran denuedo durante estos años, hasta convertirse en campeona del feminismo español.

La lucha feminista tiene para la escritora un mayor atractivo en tanto que, como representante de su género, defiende sus propios derechos; unos derechos que como persona cree merecer igual que el hombre y le son negados —como el ingreso en la Academia— por su sola condición de mujer. Aparte de esto, Emilia percibe con claridad, que la batalla feminista es cuantitativa y cualitativamente, la más rentable. Además de justa, afecta, no sólo a un sector social —burgués o proletario— sino a todas las mujeres sin distinción de clases. Amplísimo colectivo que suma más de la mitad de la población humana. Debiendo añadir que, a diferencia de las otras, la burguesa primero y la proletaria ahora, es una lucha incruenta.

Consecuente con la razón que la asiste, Emilia va a dar la batalla feminista en todas las direcciones y medios a su alcance: el ensayo, el artículo periodístico más ligero, la conferencia pedagógica, la novela,

<sup>14</sup> *La de San Quintín*, acto III, escena VIII, o. c., III, pág. 701.

<sup>15</sup> En su conferencia de la Salle Charras de París, en 1899, cita elogiosamente a los dos políticos. Bastantes Años después volverá a recordarlos con gran cariño. A la pregunta de su entrevistador sobre «¿Quiénes han sido y son sus grandes amigos?», la escritora respondió: «Por lo pronto, Castelar, que me quería como a una hermana... Otro grande amigo tuve que fue D. Antonio Cánovas y su mujer; el duque de Rivas lo es en la actualidad y Galdós..., Galdós y yo nos queremos mucho».

*La Esfera*, núm. 7, 14 de febrero de 1914.

el cuento..., llegando a la polémica en los tonos más duros. Así veremos sucederse una serie de trabajos como «La mujer española», «Con una alemana», «La cuestión académica», «Del amor y la amistad (a pretexto de un libro reciente)», «Carta a la duquesa de Alba con motivo de su libro», «Una opinión sobre la mujer: el discurso del marqués del Busto en la Academia de Medicina», «Stuart Mill», Prólogo a *La esclavitud femenina*, «*Tristana*, novela de Benito Pérez Galdós», «La educación del hombre y la de la mujer», Concepción Arenal y sus ideas acerca de la mujer», «La exposición del trabajo de la mujer», etc.<sup>16</sup>

En la misma línea hay que situar la producción novelesca correspondiente a estos años. Aunque se ha pretendido ver como móvil exclusivo que ha guiado a la escritora para la redacción de sus novelas *Una cristiana* y *La prueba* (1890) la crisis del naturalismo y la adhesión a la nueva corriente espiritualista de fin de siglo, la verdad es que, en su autora han pesado también consideraciones de distinta índole. En carta dirigida a Galdós en la que le comunica la concepción de la novela, que luego titulará *Una cristiana*, escribe «Es la historia de una señora virtuosa e intachable; hay que variar de nota, no se canse el público de tanta cascabelera»<sup>17</sup>. La otra consideración que ha pesado en la elaboración de esta novela y su continuación, es netamente feminista. En ellas nos va a hacer la presentación de varios tipos de mujer. Dos son genuinamente españoles; uno —la cristiana— representa la mujer tradicional. El otro, representa al mayoritario y negativo tipo de la mujer actual. Un tercero, de procedencia extranjera, es considerado con ciertas reservas, como un primer paso hacia la que debe ser la auténtica «mujer nueva».

D.<sup>a</sup> Emilia a lo largo de las novelas que van a suceder a éstas, va a ir analizando la situación de la mujer desde distintos puntos de vista: ante la ley en *La piedra angular* (1891) y en los restantes aspectos: económico, social y humano en *Doña Milagros* (1894) y en *Memorias de un solterón* (1896). En estas novelas hace un pormenorizado estudio de la mujer española actual, dejando al descubierto sus grandes fallos o su anacronismo. Se trata de la búsqueda de la mujer acorde con las exigencias de la vida moderna. Una mujer en la que se encarnen los valores individuales en alza, que como la sinceridad, el amor al trabajo y mejora intelectual, empiezan a ser cotizados en estos años finiseculares por una selecta minoría.

Ahora, de forma abierta y rotunda, D.<sup>a</sup> Emilia va a exponer sus ideas sobre la emancipación de la mujer. Como es lógico, la cifra en la consecución de una instrucción superior, similar a la del hombre, que le permita ejercer una profesión y con ella el anhelado deseo de emancipación económica base de todas las demás. se trata de un verdadero golpe de estado social asestado en el mismo corazón de una sociedad convencional, hipócrita, egoísta e injusta. Sublime decisión será la adoptada por la

<sup>16</sup> Todos los trabajos aparecieron en su *Nuevo Teatro Crítico* (1891-1893).

<sup>17</sup> *Cartas a Benito Pérez Galdós*, ed. C.B.V., pág. 57.

protagonista de *Memorias de un solterón*, cuando decide vivir de su trabajo en lugar de gastar sus energías en la humillante caza de un marido que resuelva su problema vital. Este mismo término, convertido en título, será adoptado casi cincuenta años después por el gran comediógrafo, Miguel Miura, para tratar, en clave de humor, el mismo tema. Con gran acierto va a situar la acción de sus comedias en 1895, justo entre los años de la publicación de las dos novelas pardobazianas <sup>18</sup>.

Por último, tratando de completar su actuación feminista, la escritora va a fundar y dirigir *La Biblioteca de la Mujer*. Aunque en principio va dirigida a la mujer, al repasar algunos de los títulos no podemos dejar de observar que algunas de las obras que figuran en la colección como *La esclavitud femenina* de Stuart Mill o *La mujer ante el socialismo* de Babel, más parecen dirigidas a educar la retrógrada mentalidad masculina en la que a la mujer se refiere, que para ser comprendidos por la mayoritaria e inculta mujer española.

Como vemos, por estos años, la atención social de D.<sup>a</sup> Emilia se halla, casi exclusivamente, centrada en el problema de la mujer. Lo que no quiere decir que haya renunciado a terciar en la cuestión social que afecta a las clases bajas. Pero lo hará más tarde. Sólo después de haber agotado el de la cuestión feminista en sus múltiples facetas. Por ello, habrá que esperar a los primeros años del nuevo siglo para que la escritora fije su atención en el problema general. Como es lógico, se va a mostrar partidaria de la nueva doctrina social de la Iglesia preconizada por León XIII. A diferencia de lo que ocurre en España, en donde los escasos intentos socializantes dentro de la Iglesia, como el del padre Vicent, van a fracasar, la nueva orientación pontificia va a hallar notable eco en algunos países europeos como Bélgica y Francia. Con el exclusivo propósito de conocer la labor que allí realiza la Iglesia, Emilia los va a visitar. El resultado será su libro *Por la Europa Católica* (1902) en donde también aflora su afán divulgativo <sup>19</sup>.

Volviendo al tema feminista veremos cómo la actitud de Galdós va a ser diferente, al menos en lo que a la manifestación externa, literaria, se refiere. Con anterioridad, y a lo largo de su producción novelesca, incluidos los *Episodios Nacionales*, el autor ha denunciado reiteradamente la penosa situación de la mujer, víctima de prejuicios sociales y una lamentable falta de instrucción. Pero de ahí no va a pasar, al menos durante estos años. Inmerso en la consideración social que afecta a las clases bajas, sólo una novela, *Tristana* (1892), tendrá como eje central el estudio de la problemática femenina. Esto es al menos lo que promete el comienzo de la novela. Pero no va a ser así. Muy decepcionada Emilia va a considerar la obra como una novela fallida, tanto desde el punto de vista feminista como literario. Tras el esperanzador planteamiento del problema que afecta a la protagonista, síntesis del que afecta a todas las

<sup>18</sup> Miguel MIURA, *Sublime decisión*, (1943).

<sup>19</sup> *Por la Europa Católica*, Madrid, Tip. de I. Moreno, S. A. (1902).

mujeres, Galdós no ha sabido o no ha querido dar solución al mismo. El final de la obra, por tanto, va a ser convencional e inconsecuente con respecto al planteamiento feminista inicial, pero también con respecto a la propia mentalidad y capacidad creadora del escritor<sup>20</sup>.

En cuanto al problema regionalista, también va a ser muy dispar la atención que hacia el mismo van a prestar los dos escritores. En Galdós esta preocupación apenas existe. Hecho lógico, si tenemos en cuenta que su labor se ha ceñido al análisis de la realidad de la capital de España, en donde se halla afincado desde muy temprana edad. Sólo privadamente, en alguna de las cartas dirigidas a su amigo el novelista catalán Narciso Oller va a dejar al descubierto su postura personal sobre el tema. En carta fechada en febrero de 1886 escribe: «En fin, amigo mío, no transijo; yo estaré equivocado, pero no paso porque V. escriba en catalán...» más adelante añade: «Me da dolor verle a V. con ideas separatistas. Cuestión grave es esta.... Pero, hijo de mi alma, si los separatistas debemos ser nosotros. Son Vds. los hijos mimados de la nación. Vds. son el *hereu* y nosotros los segundones. Si para Vds. es todo. Si los fabricantes son los que regulan el comercio general y son árbitros de todo. Separatistas nosotros que vivimos sacrificados a las exigencias de una industria que no acaba de perfeccionarse. «Para qué trabajan Vds. más que para abastecer nuestros mercados...». Y en estos términos exaltados continúa Galdós mostrando sus ideas poco proclives a los nacionalismos regionalistas<sup>21</sup>.

En D.<sup>a</sup> Emilia, por el contrario, y como también es lógico, va a conceder gran atención a la cuestión regionalista. Ya desde el comienzo de su actividad literaria se ha erigido en consciente y entrañable pintora de la realidad regional gallega. A través de sus páginas, que constituyen más de las tres cuartas partes de su producción total, no sólo vamos a sentir el entrañable calor telúrico de sus agrestes y bellos parajes. También su paleta de artista vigorosa y colorista nos va a ofrecer la visión de sus ciudades, pueblos y aldeas; de sus habitantes, desde el rancio y arruinado hidalgo rural y el cacique falto de escrúpulos, hasta el más desgraciado lugareño; las costumbres de sus gentes, sus vestidos y enseres, sus virtudes, sus defectos, sus pasiones, supersticiones y sus dramas personales. Así veremos desfilar al hombre joven obligado a emigrar para no morir de hambre; a la sufrida mujer que queda sola, trabajando dentro y fuera del hogar para criar malamente a sus hijos; el hijo mozo que debe servir al Rey en inhóspitas e insalubres tierras de las insurrectas colonias,

<sup>20</sup> Con el siguiente juicio cierra D.<sup>a</sup> Emilia la crítica negativa que le ha merecido *Tristana*: «Lo único que significan mis censuras (pues no niego que lo sean) es que *Tristana* prometía otra cosa; que Galdós nos dejó entrever un horizonte nuevo y amplio, y después corrió la cortina».

*Nuevo Teatro Crítico*, núm. 17, mayo de 1892.

<sup>21</sup> Véase el Apéndice documental incluido en mi libro *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, carta número 4 del Epistolario a Narciso Oller, págs. 291-292.

porque la pobreza les impide librarle del servicio militar como hacen los hijos de las familias acomodadas...

En la escritora coruñesa aparece la preocupación, el justo enojo y la denuncia por la mala política de un Gobierno central que sólo recuerda a sus lejanos súbditos a la hora de cobrar los agobiantes impuestos o exigir el voto. Tampoco es insensible la autora de *Los pazos de Ulloa* al rendimiento cultural de su región al que va a dedicar varios trabajos críticos recopilados con el título *De mi tierra* (1888) <sup>22</sup>.

Pero en Emilia, a diferencia de los forjadores del movimiento regionalista gallego con derivaciones políticas más radicales, no late el resentimiento contra otras regiones más ricas o contra España en general. Tampoco en sus escritos, va a utilizar la lengua gallega reservada hasta hace pocos años como forma de expresión exclusiva del pueblo.

De acuerdo con su elevada posición social, su cultura y talento de amplios horizontes, el regionalismo pardobaziano es afectivo y progresista. Tomando como modelo la próspera y culta Cataluña, desea para su tierra natal el progreso material y cultural que aquella posee. Pero nada más. Su patriotismo nacional le veda cualquier posicionamiento nacionalista radical. Tampoco le es grato el pequeño, mezquino y asfixiante mundo provinciano, ni las luchas partidistas locales, que ella califica de «tempestades en charca». Emilia es ambiciosa, pero su talento es de más altos vuelos. Por eso rechaza la cómoda y vanidosa postura de cabeza de ratón tan grata a su marido. Desea traspasar los limitados horizontes de su región. Aspira a ocupar un puesto digno en el ámbito nacional y, a ser posible, en el internacional. En ella se percibe, más que en cualquier otro escritor de su generación, el deseo de formar parte de un mundo culto sin fronteras, regido por el noble sentimiento de la comprensión universal.

De los problemas pendientes o mal resueltos por la política de la Restauración, nos encontramos, por último, con el colonial. A diferencia de otros países del entorno europeo, que continúan creándose un imperio colonial en Asia y África, España apenas atiende el resto del suyo. A diferencia de aquellos, no ha creado un ejército y una escuadra capaces de defender sus dominios de ultramar, todavía peor administrados que las regiones peninsulares. El resultado será el desigual y suicida enfrentamiento con la joven y poderosa nación norteamericana, la pérdida de todas las colonias y el hundimiento de nuestra escuadra en aguas cubanas.

El impacto de tal derrota en el inconsciente pueblo español, que pedía a gritos el enfrentamiento para salvar su legendario honor, será grande, pero momentáneo. Como momentánea es la terrible estampa de los

<sup>22</sup> En esta colección se hallan incluidos los siguientes trabajos: *La poesía regional gallega*, discurso pronunciado el 2 de septiembre de 1885 en memoria de Rosalía de Castro; *Feijóo y su siglo*; *El olor de la tierra*, Valentin Lamas Carvajal; *Luz de luna*, Eduardo Pondal; *Vides y rosas*, Benito Losada; *El cancionero popular gallego*; *Marineda*; *¿Idioma o dialecto?*

soldados que regresan heridos y enfermos, más diezmados por la disentería y la mala organización sanitaria que por las balas enemigas. Así lo va a denunciar la ilustre pluma de Ramón y Cajal en sus *Memorias*.

Para la mayoría de la población española, sin distinción de clases, el efecto de la derrota será pasajero. Sólo para una minoría, el acontecimiento con que se cierra el siglo XIX, es algo más que un hecho de armas desgraciado. Es la culminación de una larga trayectoria de incapacidad y desaciertos de los que todos, gobiernos y súbditos, son responsables. Un sentimiento de culpabilidad y pesimismo, agrandado por la aguda sensibilidad de una joven generación —la del 98— va a convertirse en la impronta de la historia española al iniciarse la nueva centuria. Sus notas más características serán la revisión crítica y negativa de la propia España y de los españoles. Pero pronto, para los ojos menos pesimistas, esta etapa inicial va a dar paso a un acentuado afán de regeneracionismo, que ya habían iniciado en los años anteriores al desastre, los espíritus más lúcidos.

Entre estas minorías, como era de esperar, se hallan nuestros dos escritores. En esta ocasión la actitud de ambos no va a ser tan diferente. Variará el momento y la forma de expresarlo, pero la esencia de sus sentimientos será similar. Aunque creemos que la visión pesimista, mas desbordada al principio en la condesa de Pardo Bazán, va a acentuarse en el escritor canario en sus últimos años, cuando su obra como su vida están próximos al fin.

La reacción de la temperamental Emilia será inmediata y apasionada. Pese a haber previsto muchas de las causas del fracaso, no esperaba que este fuera tan terrible. De ahí, su reacción fuertemente impulsada por su gran patriotismo. Sus primeras manifestaciones van a oscilar entre las muestras de antipatía hacia la «pérfida» nación enemiga y el dolor por el escaso eco que el desastre ha tenido entre el pueblo español. El paso siguiente será la consideración pesimista de España y su historia. Para ella es un país caduco, irresponsable, soñador de viejas glorias que pertenecen, como la mentalidad que las sustenta, a épocas ya pasadas.

Un nuevo concepto de su patria va a ser expresado ahora en su labor literaria. Buena muestra del mismo serán la serie de cuentos recogidos bajo el expresivo título de *Cuentos de la patria*<sup>25</sup>. En ellos, su autora va a dar rienda suelta a los encontrados sentimientos que el desastre colonial ha propiciado.

De forma más directa y meditada se va a mostrar la escritora en la famosa conferencia pronunciada en la Salle Charras de París, el 18 de abril de 1899. Bajo el título de *La España de ayer y la de hoy. La muerte de una leyenda* su autora hace un certero y pormenorizado estudio de la

---

<sup>25</sup> Forman parte de esta colección los títulos siguientes: *Vengadora*, *El torreón de la esperanza*, *El palacio frío*, *El milagro de la diosa Durga*, *Entre razas*, todos ellos aparecidos en 1898. En 1899 aparecieron, entre otros, *La exangüe* y *El caballo blanco*; en 1901 apareció *El Templo*.

realidad española, despojándola de tópicos tanto positivos como negativos, que han poblado nuestra historia. Ni leyenda negra ni leyenda dorada. Con un rápido recorrido por las páginas de la historia patria, va a poner de manifiesto nuestras virtudes, pero también nuestros defectos, pasados y presentes, en los que hay que buscar la explicación del lamentable estado actual. Ahora se pregunta ¿quedan esperanzas para un futuro? Ella, como otro puñado de insignes patriotas, quiere creer que sí la hay. «Una exigua minoría —escribe— arrostrando la general indiferencia, aspira a despertar las energías españolas, exponiendo sin temor la extensión del daño y (la necesidad) de reemplazar el ideal legendista por el ideal de la renovación, del trabajo y del esfuerzo. No sé si algo conseguirá esta minoría; sé que cumple su deber y que por medio de esta conferencia me sumo a su tarea patriótica <sup>24</sup>.

La reacción de Galdós va a tener, dentro de un contexto ideológico semejante, manifestaciones diferentes y algo más tardías. En la producción literaria que precede y sigue inmediatamente a la fecha de 1898, no existen alusiones tan directas como las ofrecidas por la Pardo Bazán. Más lento de reflejos, pero más profundo de pensamiento, va a tratar el problema de España en su honda dimensión. Don Benito, impulsado por las circunstancias siente renacer su vocación historicista. A su perspicacia no puede haber escapado la coincidencia de que el comienzo y el final del agitado siglo XIX tengan como hecho más significativo dos derrotas navales: la de Trafalgar y la de Santiago de Cuba. Ve llegado el momento de proseguir sus *Episodios Nacionales*, interrumpidos en 1879. En ellos podrá hallar la explicación más certera, con el largo discurrir de la vida nacional, de las causas que han conducido al desastre final.

En el gran escritor anida el ingente proyecto de reanudar y concluir la historia española decimonónica, adentrándose, incluso, en los primeros años del siglo XX. Cuando ya había dado a luz su último Episodio *Cánovas*, y se halla prácticamente ciego, aún persiste la ilusión de dar cima a su obra. En una entrevista concedida a *El Caballero Audaz*, en 1914, y a propósito de ser preguntado por sus proyectos políticos y literarios, responde: «Políticos, ninguno... Literarios, por el momento tengo idea de hacer dos obras de teatro para el año próximo... Novelas, no... Me faltan tres episodios, que serán *Sagasta*, *Cuba* y *Alfonso XIII*. Tengo el propósito para hacer el segundo, de irme a la isla de Cuba a pasar allí dos meses para documentarme bien» <sup>25</sup>. Al referirse a la elaboración de *Alfonso XIII* como cierre de sus Episodios, cuando este monarca ha iniciado su reinado en el siglo XX, no podemos dejar de preguntarnos si el escritor intuía que con este rey concluía el período histórico de la Restauración.

<sup>24</sup> *La España de ayer y la de hoy...*, pág. 89. La conferencia fue leída en francés, pero inmediatamente traducida y publicada en español por la propia autora.

<sup>25</sup> *El caballero audaz*, «Nuestras visitas, Pérez Galdós», *La Esfera*, núm. 3, 14 de enero de 1914.

A diferencia de lo que ha ocurrido en sus primeras series de Episodios, en las que la mentalidad del joven escritor era apenas perceptible, en las últimas, las ideas de su autor cobran inusitado protagonismo. Sólo teniendo en cuenta esa directa intervención podemos comprender el escepticismo y pesimismo muy noventayochista que invade las páginas destinadas a narrar los acontecimientos de la revolución de 1854, o la supervaloración de las clases bajas hecha en este y en los Episodios siguientes. En ellos aflora el estado de ánimo y las ideas del socialista actual que es Galdós, pero que no corresponden con las propias del momento histórico narrado.

Para testimonios más directos habrá que esperar a los primeros años de la nueva centuria. Entre ellos cabe destacar el drama *Alma y Vida*, estrenada en 1902, y el artículo titulado «Soñemos, alma, soñemos» aparecido en el primer número de la revista *Alma española* (1903).

En *Alma y Vida*, simbólicamente, Galdós representa a España encarnada en la endeble y enfermiza protagonista, soberana de un extenso señorío, allá por los años finales del siglo XVIII. Desea ésta unirse en matrimonio con Juan Pablo, el valiente, vigoroso y noble representante del pueblo, de cuyo enlace ella espera recobrar la vida que le falta y la salvación moral y material de sus súbditos. Pero, antes de celebrarse el matrimonio la joven duquesa muere.

La obra no tuvo éxito. La mayor parte del público y críticos no comprendieron la alegoría del drama, lo que obligó a su autor a desvelarla en un prólogo introducido al publicar la obra. En él revela la intención que ha presidido su última aportación teatral. : «Nació *Alma y Vida* —nos dice— del pensamiento melancólico de nuestro ocaso nacional»... «Imposible —añade— terminar el acto en boda, pues ¿cómo habíamos de casar a Juan Pablo con una muerta? Harto simbolismo es dejarle vivo, con la particularidad, muy clara en toda la obra, de que representa la porción del país que no padece parálisis ni caquexia»<sup>26</sup>.

Todavía más escéptico y pesimista se va a mostrar Galdós en su artículo «Soñemos, alma, soñemos». En él desea y espera la regeneración española. Pero no puede evitar las dudas que le asaltan como consecuencia de su larga experiencia. Así, como paciente observador de la vida nacional, verá la regeneración española, más que como una esperanzadora posibilidad, como un sueño. Un hermoso sueño al que también tienen derecho los pueblos desdichados. «¡Desgraciado el pueblo —se lamenta— que no tiene algún sueño constitutivo y crónico, norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino»<sup>27</sup>.

Una visión más pesimista que la que anima a D.<sup>a</sup> Emilia es la que con gran claridad se percibe en el escritor al final de su vida. Ella es, sin duda, la que le inspirará las amargas palabras dirigidas a un impertinente periodista cuando éste le preguntó para qué había asistido al Parla-

<sup>26</sup> *Alma y vida*. Prólogo, o. c., Aguilar, vol. VI, pág. 941.

<sup>27</sup> O. c., VI, pág. 1551.

mento durante tantos años. Galdós se volvió lentamente y clavando sus ojos, casi ciegos, en su interlocutor, respondió en tono triste y dolorido: «Para darme cuenta de que España no tiene arreglo».

Hemos visto como tanto en Galdós como en la Pardo Bazán, sobresalientes figuras de su generación y de las letras españolas de todos los tiempos, existen notables puntos de coincidencia por encima de diferencias temperamentales, circunstanciales o ideológicas. Son afinidades atribuibles, como decíamos, a su talento, capacidad de observación, sinceridad y espíritu liberal. Cualidades a las que hay que añadir su gran amor al trabajo, en el que prioritariamente cifran la posible regeneración española y, por último, su patriotismo. Conjunto coincidente al que en definitiva se deberá la justa descripción e interpretación de la vida española durante el período que les ha tocado vivir.

Son vidas cronológicamente paralelas. Vidas que unas veces se separan y otras, las más, convergen. Les une por encima de todo, su consagración apasionada al mundo de las letras dentro de las mismas corrientes y su amistad. Una amistad imperecedera aureolada, en alguna ocasión, por el amor.

